

Morir de celos

y otras mitologías

Álvaro Zamora



Morir de celos

y otras mitologías

Álvaro Zamora




EDITORIAL
UCR

CR861.44

Z25m

Zamora, Álvaro.

Morir de celos y otras mitologías / Álvaro Zamora.
– 1. ed., 2. reimpr. – San José, C.R. : Editorial UCR,
2009 p.

104 p.

ISBN 978-9977-67-612-8

1. POESÍA COSTARRICENSE. 2. MITOLOGÍA
EN LA LITERATURA. I. Título.

CIP/1956

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición 2000

Segunda reimpresión: 2009

Ilustración de portada: *Óleo de Rafa Fernández*. Diseño de portada: *Fernando Ramírez Ch.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria “Rodrigo Facio”, San José, Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • E-mail: administracion.siedin@ucr.ac.cr
• Página web: www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Contenido

Poema del origen	10
Morir de celos	11
Sedición frente al mar	28
Origen del amor	34
Dos historias de Dionisos	37
Informes de un navío	41
Nota al lector	59
Castigo a Prometeo	61
Humanos y humanas	71
Un vuelo ardiente	74
El oro de Midas	76
Las aguas de Narciso	80
De Edipo, la verdad	81
Otra historia dionisiaca	82
Rapto de Perséfone	84
Excesos de Atenea	87
Historia de La Muerte	89
Aquí termina la historia de La Muerte y también este libro	93
Biografía	100
Del mismo autor	101

Poema del origen

os digo que de alguna parte vino el tiempo
la explosión primera
esta luz
el movimiento

Eros nació en aquel ruido sin testigos
y de la realidad es un ancestro
substancia de las cosas
odio, celos y armonía

se halla en todas partes
así en la tierra como en las aguas
en el vacío inmenso
en los desórdenes sin ley
y más allá del cosmos

de tal época también es el Destino
y tres Parcas temibles
ciertas
inevitables
nadie las entiende
nadie puede amarlas
Cloto hila de los seres la existencia
Láquesis mide tu tiempo
el mío
el de los dioses y las cosas
Átropo corta de todos la duración
la vida
los recuerdos

lo demás es posterior en nombre
incluso Nuestro Dios y su Palabra

Morir de celos

Llevo en la memoria aquel rostro y su larga cabellera negra. Era esbelta, piel aceituna, senos firmes; tenía labios carnosos y una mirada indiferente, con ese color que tiñe al mar en la media tarde.

Los turistas sentían lujuria al verla. Muchos campesinos le hablaban en sueños y la acariciaban día a día, en forma inconfesable, con el pensamiento. Los niños solían esperarla en el río, para cantar o nadar con ella. Nunca tuvo amigas verdaderas, aunque las aldeanas le mostraban respeto y dicen que ninguna mujer de palacio le tuvo mala voluntad.

Para nosotras era horrible, como todas las de su especie. Yo llegué a odiarla, pues me separó de mi esposo. En el templo, afirman que lo hizo movida por algún poder incomprensible. Según dicen, la existencia de cada cual ha sido hilada en otra parte; solo Dios conoce su sentido y así debemos aceptarlo. Procuro creerlo, aunque me atormentan sentimientos amargos y sigo

culpándola, sigo pensando que fue impía, sin derecho ni excusas. Juzgad vosotros, si queréis. Ayudadme a expiar este dolor. Oíd cómo permanece la historia en el recuerdo.

La mujer que traigo a cuento se llamaba Deyanira y los habitantes del bosque sostienen que nació de amores clandestinos. Pero —según he oído— los dioses ordenaron que ningún habitante de Etolia lo supiera. Por eso la consideraban hija legítima de Eneo, el rey, y hasta rumoreaban que la quería más que a sus hijos varones.

Nació en primavera. Bien lo sé, pues mis amigas y yo visitábamos la región. Eran tiempos mejores, os lo aseguro. Había magia en el aire y los seres míticos teníamos permiso de correr por los campos. En muchos lugares nos tomaban por deidades y levantaban altares en honor nuestro.

Para celebrar el natalicio, hubo festejos que duraron hasta final del año. Vinieron gentes de lugares lejanos, faunos, ninfas disfrazadas de mujer, magos, prestidigitadores, animales fantásticos, adivinas, dramaturgos, gentes necesitadas de empleo, encantadores, ladrones y ramera. Los dioses asumían formas humanas, para emborracharse en la plaza o disfrutar de las comidas, bailes y actividades clandestinas, aquelarres, orgías, ceremonias demoníacas.

En esos días, se dispuso que la niña fuera atendida por cincuenta esclavas. Pero Altea, la reina, tuvo

dificultades para disciplinarlas y ordenar su trabajo. Le estorbaban en el comedor, en el baño, en cada rincón del palacio. Así que debió invertir su ingenio, para convencer al marido de venderlas, sí, a casi todas, o dedicarlas a labores en el campo.

No se sabe, a ciencia cierta, si fue resentimiento de las que debieron regresar con los agricultores, o una preocupación contraída por mujeres del pueblo, de esas que se asoman a escondidas, en rincones y horas ajenas, para custodiar la moralidad y las buenas costumbres; lo cierto es que circuló una voz anónima: Eneo hacía todo por satisfacer los deseos de la mocosa y, si fallaba en tal propósito, caía en depresión o gritaba blasfemias. No faltó quien viera allí un amor impuro; lo cual es dudoso, pues a él no estaban destinadas intenciones de ese tipo. ¡Chisme de beatas! aseguran todavía los gentiles. Eso podría ser verdad, aunque entre varones también se disfruta la infamia y no debe descartarse el nacimiento de aquellas habladurías en una fiesta de soldados o de carpinteros, tal vez de clérigos –me perdone Dios la sospecha– dada su habilidad para conocer o inventar los pordentos del prójimo y desprestigiarlo si le tienen envidia o temor. Puedo imaginar su enojo, una vez que Eneo la dejó instruirse en artes ecuestres y aprender a leer, a escribir, a decidir por sí misma con quién hablar o qué comer. Poca cosa, sin embargo, si se piensa en las protestas de Altea y los nobles, cuando le enseñó el lenguaje de los astros en la noche. Ningún astrólogo ni sacerdote ha perdonado semejante atrevimiento.

No había intención malsana en aquel amor paterno, ya lo he dicho, solo era excesivo. ¡Si pudieran verlo! Navegó hasta Egipto, para traerle cosméticos muy codiciados en este lado del mundo. También le compró cristales azules, que solo allí saben fundir y una especie de caballo jorobado, desconocido hasta entonces en el país. Las centauras nos enteramos, por las cigüeñas, que era un cuadrúpedo común en los desiertos. Pobre animal, no gustó a Deyanira y nadie le brindó cariño, ni siquiera las bestias del establo. Los sacerdotes tampoco le vieron utilidad alguna y llegaron a considerarlo horrible, primo lejano de Cerbero, quizá, o de las temibles Parcas. Las adivinatoras no tuvieron duda alguna: el cuadrúpedo era un engendro demoníaco, augurio de males que debilitarían la Casa Real.

Eneo jamás prestó oídos a esos chismes y premoniciones. Estaba fascinado con la chiquilla de ojos marinos. *Madura demasiado pronto*, dijo a su esposa una mañana. *¿Quién podrá merecerla? ¿Qué haremos cuando se enamore, mujer? —Seguramente los dioses enviarán un príncipe, o reservan un héroe para ella*, respondió Altea, tan segura de sí misma, que el rey fue incapaz de presentir el destino verdadero.

Me resulta difícil entender la opinión de que eran padre e hija: Deyanira no se parecía en nada a Eneo. ¡En fin! Así son los humanos. Acomodan a su antojo el mundo y se creen la medida de todas las cosas. Hacen la guerra a sus semejantes, culpan a los demonios cuando traicionan al amigo, creen lo que les conviene, mienten, son

mal agradecidos. Según ellos, hay sátiros y dioses que se les parecen. Incluso, tienen la desfachatez de representar a los de mi especie con rostro y torso como los suyos. ¡Solo de pensarlo siento náuseas!

Pero no me dejéis hablar de esos asuntos, ni desviar más mi propia historia. Volvamos a Deyanira. Quería mucho a Eneo y nunca dudó que fuera su padre. Lo admiraba como hombre, como guerrero, como administrador del reino y sus gentes.

En cuanto a su madre... Si mal no recuerdo, se le parecía poco físicamente. Lo que sí heredó de ella, fue el gusto de nadar en ríos y estanques, el arte de tejer, cierta astucia y una actitud sensual que enloquecía a los varones.

Desde el principio, la joven mostró una musicalidad extraordinaria, lo que me parece prueba fehaciente de su genealogía dionisiaca. También poseía una oscilación del carácter, que la hacía impredecible. Profunda y sin temores unas veces, otras era ladina; hasta podía ser esquivia, insegura. Una semana su alegría era como los colibríes del verano, luego tenía mal humor, padecía días de tristeza o densa melancolía.

En la pubertad, le interesaron textos y conocimientos del Lejano Oriente. Pero los comerciantes que la surtían deben haber cambiado de ruta, pues dejaron de ser vistos en la región. No me extrañaría una orden de Eneo para impedirles el paso o asesinarlos, pues esa era

la mejor forma de evitar la sedición y ciertas acusaciones de obscenidad que se empezaban a fraguar contra su hija.

Al poco tiempo, la curiosidad de Deyanira por aquella sabiduría extranjera se diluyó por completo. Fue sustituida con hechizos y palabras de una vieja adivinadora, que inculcaba creencias y rituales en las inmediaciones de la plaza, sin censura de ningún tipo.



El riachuelo y los faunos son testigos: la reina Altea fue seducida, una tarde de julio, por Dionisos.

Hacía calor, yo misma lo recuerdo. Dios asumió la forma deficiente del humano, caminó entre los olivos y subió a los matorrales del monte; allí siguió una vereda de piedras, hasta que la encontró, bañando su lampiño cuerpo en una poza fría y sin peces.

No quiso forzarla, como suelen hacer otros dioses con mujeres y centauras. Al principio le contó asuntos del cielo y engarzó para ella una corona de flores silvestres. Después, cantó viejas melodías, le habló de amor y se le acercó para besarle el cuello, acariciarle las mejillas, murmurarle odas secretas o quizá leves hechizos.

Árboles y pájaros presenciaron aquella seducción. Poco a poco, una niebla inesperada se mezcló con el bosque y ellos se dedicaron a juegos de la carne. Muchos

seres del riachuelo sintieron sus movimientos amatorios y los vieron exudar algo amarillento, que fluyó hasta el mar, para dar origen a los atunes errantes.

Entre marineros e isleños se piensa hoy que Dionisos asumió la apariencia de Eneo, para hacerle el amor sin que Altea se opusiera. Tesis inverosímil, porque desde entonces se encontraban a escondidas en los jardines. Solían amarse en algún rincón oscuro del palacio, entre brumas o en días soleados. Me lo han contado los insectos y otras criaturas que no mienten. Pasaban horas juntos en la alcoba principal, cuando el rey se iba de viaje.

Eneo nunca sospechó el engaño; tampoco su corte, pero estoy segura: Deyanira fue un engendro de aquel amor secreto.



Cierta vez llegó Heracles a Etolia, para pedir a la princesa en matrimonio. Era un tipo enorme, de incomparable fuerza y apetitos, muy listo, furioso. Todos le temían. Solo él podía levantar su maza y tensar su arco. Derrotaba a quien se le oponía, incluyendo a Ares, dios de la guerra. Algunos creen que el divino Zeus no hubiera podido vencer a los gigantes sin su respaldo.

Abundan poemas y anécdotas sobre aquel hombre. En varias regiones de Grecia llegaron a honrarlo, como si

fuera un dios. Pero hay lugares donde se le conocen crímenes contra la propiedad, el orden público y los derechos de las gentes. En ocasiones se apoderaba de él una locura destructiva, incontrolable.

Aquí lo odiamos, pues mató familiares nuestros y otrora emprendió guerras contra seres que nos dieron amistad y cariño.



Se sabe que Heracles nació de Alcmena, esposa del rey Anfitrión, considerada hermosa por los suyos. Zeus la siguió varios días, hasta que la sorprendió sola en sus estancias y aprovechó el momento para tomar la forma del marido. Disfrazado así, la acarició con manos y labios insaciables, con la lengua y las palabras. Luego dejó fluir en ella una pasión y la dejó embarazada.

A diferencia de otros amores humanos que tuvo Dios Padre, Alcmena había sido elegida no tanto por sus conocimientos sexuales, sino para engendrar un hombre de fuerza y coraje inigualables.

Pero los dioses también se equivocan. Aquella mujer le dio tanto placer, que una noche, después de saludar a la Luna, dijo haberla disfrutado como a nadie y confesó ser padre del hijo que en aquel vientre cálido se formaba. Lo llamaría Heracles y deseaba verlo doblar a las bestias, a muchas deidades, a todos los ejércitos.

También lo quería para gobernar en la casa del finado Perseo, héroe dilecto en la tierra y el Olimpo.

Hera, su cónyuge, escuchó tales alardes y propósitos, pero contuvo el enojo. Emborrachó al esposo infiel, lo sedujo y le pidió que hiciera monarca de aquella estirpe a quien naciera antes del amanecer. Aturdido por deseos incontrolables y sangre urgida entre las piernas, Zeus no acertó a rehuir el juramento.

Esa noche Hera lo satisfizo siete veces, lo dejó dormir y luego bajó a tierra, para apresurar el nacimiento de Euristeo, quien heredaba por línea paterna la sangre de Perseo. Más tarde fue a sentarse frente a la puerta de Alcmena con las piernas cruzadas, las ropas atadas en nudos y los dedos entrelazados. Así demoró el nacimiento de Heracles, hasta que el sietemesino Euristeo lloró en brazos maternos.

Al día siguiente la diosa se jactó de su desquite. Pese a una fuerte resaca, Zeus la escuchó y enfureció tanto, que las praderas celestiales temblaron con sus rayos y todos los seres buscaron refugio, temiendo una confrontación de la pareja.

Hera no perdió el aplomo, pues sabía que Zeus estaba obligado a respetar el juramento. No obstante, aceptó tomar a Heracles en adopción para darle rango divino; mas solo si se convertía en súbdito de Euristeo, quien le encargaría doce trabajos difícilísimos.

El soberano del Olimpo sonrió aliviado, creyendo que su victoria era evidente. Pero de corazón, la diosa siguió ofendida, turbada por celos y despiadadas ansias. Empezó a vigilar los aposentos de Alcmena, la veía amamantar al hijo, arrojárselo en el frío de la noche, entonar melodías para dormirlo o alegrarlo, curarle el llanto y las necesidades. Un atardecer envió serpientes asesinas a la habitación del bastardo, sin sospechar que en él ya habían germinado dones paternos. Desde lo alto, vio cómo las tomaba entre sus manitas. El bebé sonreía al verlas retorcerse, las agitaba en la penumbra, azotaba el piso con ellas. Cuando llegó la noche, las estranguló sin problema.

Humillada de esa forma, Hera decidió fingir olvido y postergar la venganza.

Heracles creció en tamaño y fama. Con la excusa de cumplir las demandas de Euristeo destruyó al león de Nemea, a las aves estinfálicas, al jabalí de Erimanto; todos ellos magníficos defensores de algún bosque o pantano. Eliminó a la Hidra de Lerna, protectora de selvas y seres acuáticos, serpiente de ocho o nueve cabezas, cuyo veneno podía deshacer piedras y metales. También cazó a la Cierva de Cerinia y fue responsable de una catástrofe ecológica sin parangón en la historia, pues cambió el curso de dos ríos, para limpiar el estiércol de unos establos inmensos. Mató al más hermoso toro de Creta, con lo cual inició la tradición de asesinar ganado de lidia en espectáculo público. Robó

el cinturón de Hipólita —una reina amazona que cuidaba criaturas silvestres— las yeguas furiosas de Diomedes, los bueyes de Geriones. Y, aunque no lo creáis, tuvo la osadía de alzar la bóveda celeste, apoderarse de unas manzanas sagradas que cuidaban las Hespérides, sacar al can Cerbero del infierno.



Cuando en el reino se conocieron las intenciones matrimoniales de Heracles, los otros pretendientes renunciaron a la princesa. Nada más Aqueloo, divinidad de los ríos, quiso poseerla todavía y decidió enfrentarlo, seguro de vencerlo.

El día que visitó a Deyanira, tomó el aspecto de un minotauro negro, cuya barba hirsuta chorreaba aguas verdes y amarillas. ¡Era algo impresionante, enorme, maravilloso! Una visión así no se olvida jamás.

Ella lo rechazó en su corazón, pero el dios no disminuyó sus empeños. Muy al contrario, cuando estuvo frente a Heracles lanzó un desafío, rió estruendosamente y habló a los cuatro vientos, para recordarle a todos que su contrincante era *hijodeadúltera*. Eso fue un error, sin duda. Por las venas de Heracles corrió una cólera espesa, incontenible, heredada de Zeus seguramente, porque en aquel instante se alzó sobre los mortales, creció en dignidad y el mundo tembló al oírlo. *No insultes a mi madre*, gritó enrojecido.

Hasta los árboles recuerdan cómo se lanzó sobre Aqueloo. Quería destriparlo, arrancarle los ojos, el verbo, la divinidad. Para zafarse, el dios se convirtió en culebra y reptó veloz hacia lugar seguro; luego invocó el poder de mil cascadas, se transformó en toro, amenazó, bufó y horadó el suelo con los cascos, antes de embestir al enemigo. De nada sirvió tamaño esfuerzo. Fue vencido y perdió uno de sus cuernos. ¡Qué lástima! Todos recuerdan cómo huyó, avergonzado, maldiciendo aquella hora.



Deyanira se enamoró perdidamente de Heracles. Lo mimaba en las comidas, le ungía el cuerpo con aceites perfumados y le hacía el amor con ahínco, desaforada entre gemidos, aunque no descuidaba la ternura.

Él la consentía y llegó a quererla más que a nadie. La deseaba a toda hora, con cada poro de la piel, con el pensamiento, con los sueños. Pese a ciertas versiones adversas, hoy se afirma que le guardó fidelidad hasta la muerte. Mas en ella nació una desconfianza y empezó a celarlo cada día, dolorosamente. Llegó a creer que copulaba con otras, después de las batallas o mientras visitaba ciudades vecinas.

La enfermaron esas ideas. Tras unos meses adelgazó y se puso pálida. Solía enojar sin razón aparente, lloraba

mucho, se mordía las uñas. Pasaba horas hilando sospechas y un día decidió contratar espías, para que siguieran al cónyuge, levantaran listas de sus actividades, asesinaran a las mujeres que se le acercaran.

Heracles no pudo soportar aquello mucho tiempo. Por eso buscó auxilio de un oráculo.

En la penumbra del templo oró con fe y esperanza. Mientras el sol recorría su último trecho de cielo, sacrificó un toro de cuernos plateados, doce corderos y una vacada de cien cabezas.

La noche estaba madura y la ofrenda ardía incontenible. Heracles arrojó incienso en la pira y cantó su ruego con humildad. Entonces, una voz de diosa estremeció el lugar con este augurio: *Si la llevas al río Eveno, se apagará su desconfianza.*

Esa misma tarde llegó al palacio una hechicera. Encontró a Deyanira tejiendo fantasías en el balcón, junto a la fuente del patio. *Traigo palabras del destino*, le dijo sin rodeos. *Debes creerlo, niña, la hora se acerca. Heracles se alejará de tu mundo para siempre.* La joven no supo dudarlo. Deshecha en lágrimas, rogó a la vieja por ayuda.

Yo estaba muy lejos y no lo presentí. Tampoco supe leerlo en las constelaciones. ¡Qué tonta! ¡Descuidada! En aquella hora mi destino se entrelazó con el de ellos ¡Entendedlo! La desventura cayó sobre nosotros... ¡Debí saberlo, debí estar más atenta!



Alcanzar el Eveno requería varias jornadas, así que Deyanira tuvo tiempo para meditar los consejos recibidos y urdir un plan preciso.

Cuando llegaron, el río estaba en plena creciente, como augurara la hechicera. Allí los aguardaba mi marido, Neso, el centauro más bello y noble de la mitología. Su recuerdo habita en mis entrañas. ¡Yo debí estar a su lado, para protegerlo o al menos advertirle!

Por órdenes divinas, mi amado debía ayudarlos a cruzar la corriente caudalosa. Deyanira subió a su lomo y, después de atravesar el río, empezó a gritar, como si él la atacara y quisiera violar a criatura tan inmunda. Heracles creyó tales patrañas, extendió el arco, disparó una flecha envenenada.

Neso cayó moribundo. Me lo contaron las libélulas del río. Sangraba por la boca y las orejas. ¡Cómo no voy a llorarlo! Él gritaba de dolor mientras se descomponían sus entrañas, las extremidades dejaron de obedecerlo y la vida lo abandonó, desatenta.

Sin dar importancia al sufrimiento, Deyanira humedeció un ovillo de lana con fluidos que salían por la herida putrefacta. Lo escondió luego en sus haberes, sin que Heracles sospechara cosa alguna.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

The background of the page is an abstract painting. In the upper left, a hand is depicted holding a long, thin pen or quill, with a small red mark on the tip. Below this, on the left side, is a profile of a face with a large, expressive eye and a red lip. The overall color palette is dominated by warm, earthy tones like orange, brown, and yellow, with some cooler blue and purple hues in the upper right.

La centaura narra su versión de un viejo mito y de una venganza. Luego, otras voces se entrecruzan en la obra. Ancianos que intuyen el porvenir y mienten sobre el pasado, algún marinero y varios héroes, un dios creador de relatos y geografías, pasiones reales e imaginarias.



Este libro es un cuento hecho de cuentos; reescritura de mitologías, que transgrede la narración para convertirse en drama, leve humor a veces, poesía, texto que al terminar comienza de nuevo. Por el tema y el tratamiento, la obra elude modas estilísticas que han dominado la literatura costarricense. No obstante, aquí hay cifradas aristas del mundo que conocemos: la política, la violencia, el arte de amar y el de hacer cosas; también se constata el poder para reinventar un texto al leerlo.